



procesado, podemos romper la unidad del Ejército. Si describimos la incapacidad de UCD y los partidos políticos de la izquierda para enfrentarse a los grandes temas de nuestro tiempo, cuidado, que coincidimos objetivamente con los golpistas, con los fascistas. Es inútil que digamos que queremos que lo que funcione es la democracia y no la antidemocracia: desde el momento en que la democracia está definida como esto que hay, cualquier crítica supone una antidemocracia. No hay que decir que la Constitución es imperfecta, porque se hace el juego de los anticonstitucionalistas.

Nunca ha sido tan clara la definición del vicio aristotélico como en la vidriosa España de hoy: verdad o mentira, sujeto como predicado, contradicción. Impregna toda la vida, incluso la privada. El que quiere divorciarse para casarse otra vez es un enemigo del matrimonio; el que quiere levantar una nueva familia sobre las ruinas de la anterior es un enemigo de la familia. El que se queja de algunos problemas de la juventud es un conservador, o el que considera

negativas algunas actitudes de la mujer actual es un machista; y la mujer que quiere salir de su torpor de siglos, de su inferioridad artificial, es enemiga del hombre. El que quiere ganar más sueldo y lo manifiesta como puede, está destruyendo la economía de la sociedad; el patrono que ve hundirse su empresa es un explotador que finje para avasallar al obrero. El predicado absurdo se añade al sujeto inocente.

Y el lenguaje se aleja más de la realidad concreta. Pero finalmente, dentro de esta inmensa ficción, es la realidad concreta. El alud de la incongruencia tiene tanta fuerza, y el miedo a ser acusado de lo que no se es está tan patente, que toda la vida nacional se va falseando. Se va convirtiendo en una gran paranoia. Porque, al mismo tiempo, el ciudadano que trata, sin saberlo, de ser no aristotélico y de vivir fuera del mito, vive esta otra ambigüedad: sabe que le están disfrazando la verdad, pero no sabe si toda la verdad o parte de la verdad; no sabe qué debe aceptar y qué no. Termina por no saber si el pacifismo y el neutralismo son en realidad fuer-

zas que ayudan a la guerra, y al sistema contrario al occidental que acepta con preferencia al otro, o si son fuerzas positivas que pueden ayudar a la estabilidad de España y a la del mundo. No saben lo que les ofrecen los partidos y lo que les niegan. Sospechan de todo. Sospechan, incluso, de la evidencia, cuando esa evidencia está rodeada de palabras abstractas, para las que cada vez son más insuficientes los honestos vocablos del idioma y hay que inventarse neologismos. No se sabe para qué sirve ese tiempo, si una gran parte de las cosas que desea y que ve expuestas no se pueden aplicar: porque en principio, no; o en principio, sí. Se le deshace el suelo bajo sus pies y ya no sabe a qué atenerse.

Por eso Korzybski murió ignorado y criticado. Porque no convenía. Aristóteles ganó una vez más. Siempre gana Aristóteles, porque la fuerza le conviene.

Y, por otra parte, los puentes también se caen. Y las casas. Y las carreteras desaparezcán. Para explicarlo ya no se usan palabras técnicas: se usa, también, el sistema aristotélico. ■